



Bodas de Oro

He querido dejar pasar las Navidades para hacer una reflexión más serena, porque a veces las emociones recién vividas nos hacen ver los hechos con grandiosidad y al pasar los días pueden ir perdiendo parte de esa belleza e incluso desinflarse. Afortunadamente no ha sido así, han pasado ya dos meses y lo siento con la misma intensidad y felicidad.

El día 4 de noviembre, celebramos las bodas de oro de mis padres Miguel y Antonia. No empezó la celebración ese mismo día, sino que con antelación ya la vivíamos ilusionados.

Organizamos, como no, la fiesta, pero sobre todo preparamos con emoción la Eucaristía de Acción de Gracias.

En casa de nuestros padres, desde primera hora de la tarde, hijos, nietos y algunos amigos, que eran nuestros reporteros, tomamos café y recibimos para sorpresa de los «novios» a los componentes de la rondalla de la 3ª edad, de la cual es miembro mi padre. Como en tiempos pasados, en la calle junto a la ventana, rondaron con su música a los protagonistas del día. Fue un tiempo hermoso el que estos amigos les dedicaron. La música ha sido, es y será la gran vocación de mi padre.

Mi agradecimiento de verdad a esas personas que llevan su música allí donde pueden alegrar algún corazón.

A las 8 de la tarde, la Eucaristía en las Monjas de Clausura, grandes amigas de toda la familia. No es la primera vez que esta querida Iglesia nos acoge para celebrar algo importante en la familia. Fue celebrada por alguien que también ocupa un lugar importante en el corazón de

todos nosotros. Don Gerónimo. Los «novios» ocuparon su sitio en el altar acompañados de sus dos nietos mayores.

Toda la celebración fue compartida y hermosa, pero quiero resaltar parte de ella: La oración de los fieles la hicieron todos los nietos, cada uno preparó la suya, unas más profundas y otras más sencillas, pero todas desde el fondo del corazón. La homilía, un canto al amor y a la familia vivido desde la Fe. Como final de la Eucaristía, la Acción de Gracias, que fue escrita y leída por nuestra querida Paqui. Todo lo más hermoso que se puede decir a unos abuelos y a la familia:

GRACIAS por el Amor.

GRACIAS por la unidad familiar.

GRACIAS por lo que significa para todos nosotros ser miembros de esta familia.

GRACIAS por los amigos, que han sabido hacer de la amistad algo más que una palabra.

GRACIAS por estos abuelos que, desde su sencillez, han formado una familia dando amor.

Fue una ceremonia hermosa, sentida y vivida con intensidad, fue gratificante ver como todos, padres, hijos, nietos, tíos y amigos, celebramos y recibimos a Jesucristo a quien tanto debemos y amamos.

Juntos celebramos y compartimos en la cena: alegría, bromas, magia y una vez más, palabras de amor hacia nuestros padres, de su hijo, de su querido hijo, y de una de sus nietas, agradeciendo todo lo que han recibido desde pequeños y que nada tiene que ver con lo mate-

rial. También tuve la suerte de compartir con mis padres y con mi marido, un viaje que nunca hubiera soñado por su edad y por la distancia. Pero dentro de mí hubo un recuerdo para la tristeza: dos personas faltaban allí, aunque su presencia la sentía: Nuestra querida abuela Teresa, que nos dejó en marzo, y mi pequeña Marian. Me alegra la seguridad de que las dos están disfrutando ya de la presencia de Dios. Fueron vivencias y emociones muy intensas.

Cuando empecé a escribir estas letras me pregunté ¿por qué hacer esta reflexión en voz alta? No es la vanidad ni el orgullo lo que me ha llevado a hacerlo, sólo me ha motivado una cosa: hacer saber desde estas hojas de nuestra querida SIEMBRA algo que ocurre en muchos hogares y que no es noticia, ni titulares de ningún periódico. Que también hay muchas familias que no están rotas, que al contrario, tienen unos grandes lazos de unión. Que hay jóvenes que aman a sus abuelos, que hay hijos que comparten con sus padres todo, el amor, la enfermedad, las preocupaciones por pequeñas que sean, y que hay amigos que lo entregan todo.

También decir que desde nuestras limitaciones, como humanos, nos sentimos familia cristiana, que tratamos de vivir y de comunicar con nuestro testimonio la Fe que de pequeños recibimos y que hemos ido alimentando y creciendo a lo largo de toda nuestra vida. Cuando en la familia hay un hecho importante, sea triste o alegre, que de los dos hemos tenido, si se vive desde la Fe, se da y se recibe mucho más, descubres valores que hoy no están de moda y profundizas en el corazón del que tienes al lado. En definitiva vives el EVANGELIO.

Polo Bolaños Maestre